

AÑEEO DE VALLADOLID

LA POESÍA
después de la guerra

DISCURSO

leído por

Don Andrés Torre Ruiz

EN LA APERTURA

DEL CURSO 1916-1917



Imprenta Castellana

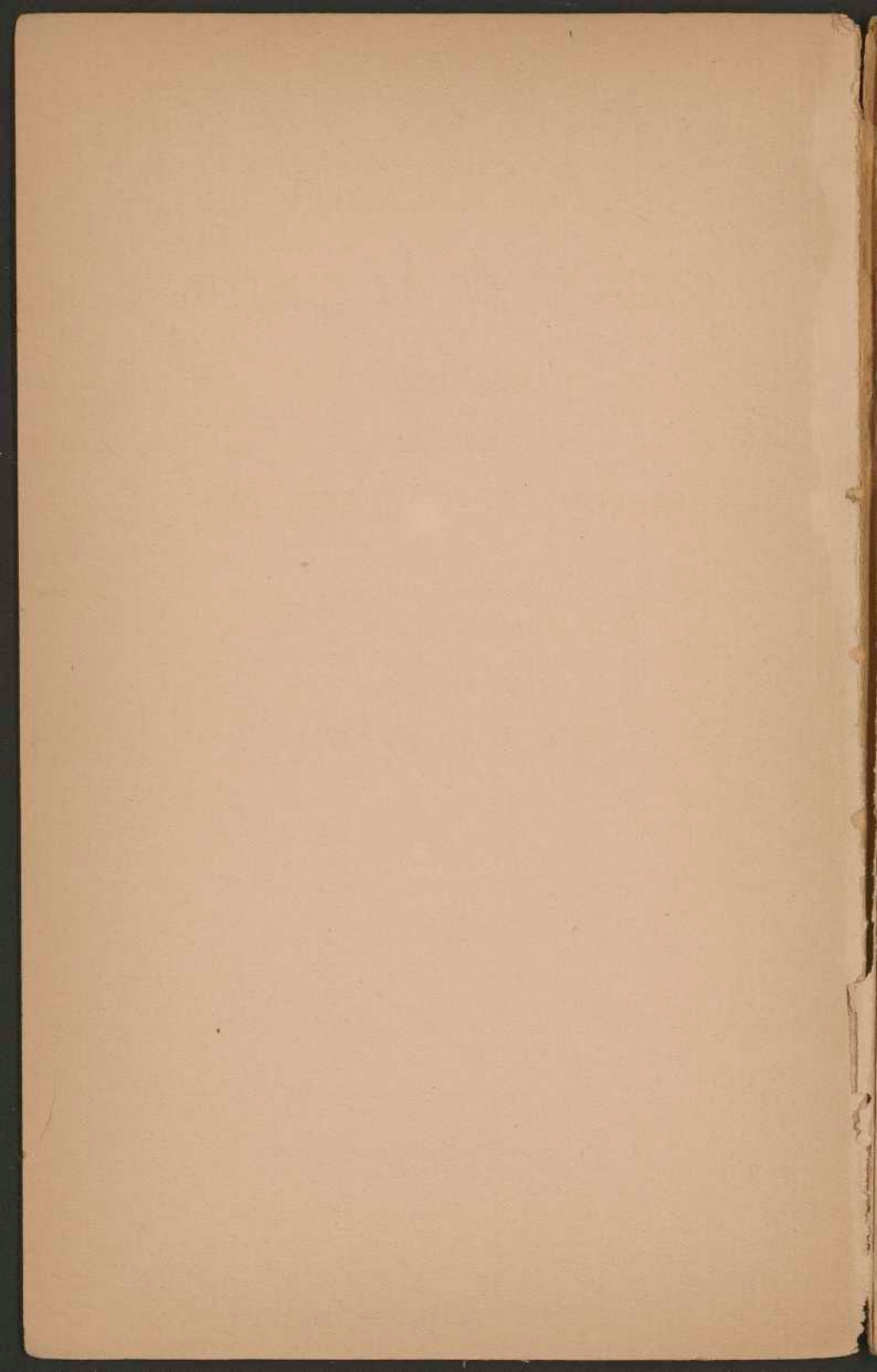
T. 544.880

R
17307

1.000

DISCURSO

leído en el Ateneo por D. Andrés Torre Ruiz
en la apertura del curso 1916-1917



LA POESÍA

después de la guerra

DISCURSO

leído en el

ATENEO DE VALLADOLID

por

Don Andrés Torre Ruiz

EN LA APERTURA

DEL CURSO 1916-1917



La Rioja

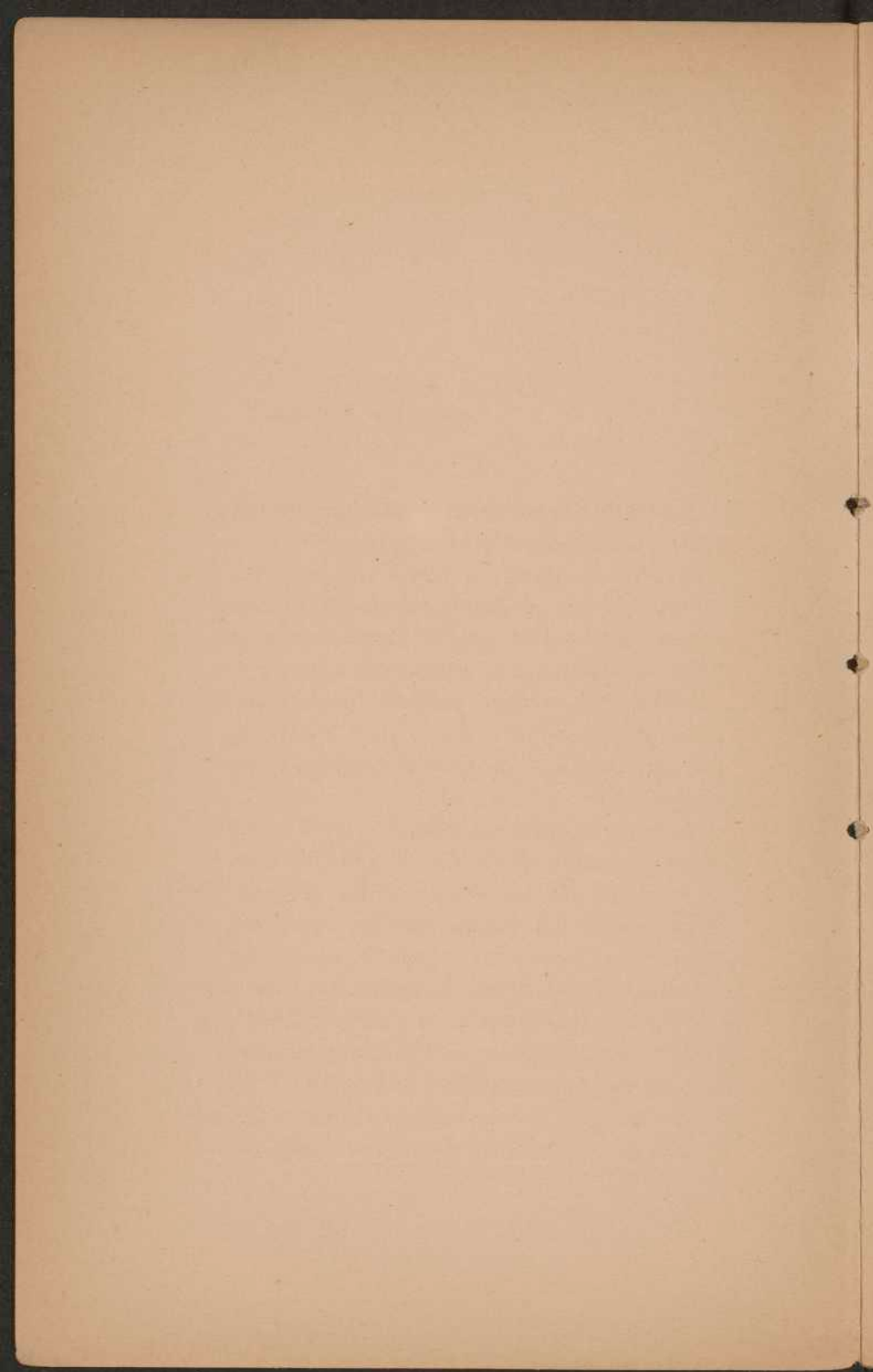
Cultura, Turismo,
Deporte y Juventud

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

Imprenta Castellana

Y2363.482



SEÑORAS Y SEÑORES:

La rigidez de un turno establecido me obliga á inaugurar el curso del Ateneo.

Y otra exigencia, en parte involuntaria, en parte culpa mía, me fuerza á leeros estas páginas cuando necesitaban aún un largo tiempo para llegar á madurez. Concebidas sin apremio y redactadas con reposo, hubieran podido ser un discurso, acaso interesante, pero ahora van á pareceros agrias é inconexas, como toda improvisación.

Sentiría que el título puesto al frente de ellas os hubiera sugerido la idea del oráculo. ¡No, yo os lo ruego! No me tientan ni me seducen los descifradores del pasado mañana, profetas de camilla y gato, que en su modesto Olimpo, forjan el rayo proceloso que ha de sacudir las hojas más resacas del árbol periodístico y ha de inflamar, en inefable transverberación, el corazón puro y sencillo de algún demandadero de monjas.

El título «La poesía después de la guerra», no es más que un pretexto para hablar de la poesía

antes de la guerra. Y como me dirijo á españoles y España es la cosa que tengo más cerca de los ojos y del corazón, sólo de la poesía nuestra y para nosotros he de hablaros. Si algo insinúo de lo que será la poesía cuando la formidable contienda se termine, no tendrá tonos apodícticos de profecía, sino todas las vacilaciones de una opinión modesta y temerosa.

Convencido además de que la hora es difícil, y de que cada uno ha de gritar su verdad rudamente, con toda la amplitud de sus pulmones, he de decir las cosas con rudeza. Que á falta de otro mérito, tengan al menos mis palabras el fuerte y cálido perfume de la sinceridad.

I

Los que acabamos de pasar la cumbre de los treinta, los que dejamos las bulliciosas aulas del Instituto cuando finaba el siglo XIX, tuvimos al enfrentarnos con la vida un duro aprendizaje.

Fué nuestra pubertad como todas, despreocupada y cerril. Unos juegos tumultuosos, unas horas al día en cierto caserón, polvoroso y antipático, unos momentos pasados frente á un librito resobado, la mano dando tormento al pelo hirsuto, un apetito de bestezuela sana, la primera mirada henchida de malicia, la primer novia y por la noche un sueño sin sobresalto, profundo y bueno, como una caricia maternal.

Pero si nuestra pubertad fué como todas, tuvo nuestra juventud un extraño privilegio. La experiencia que suele ir lentamente arrancando esperanzas y enfriando entusiasmos fervorosos á nosotros nos arrancó de cuajo, con mano dura, el rosal íntimo en que nos florecía la ilusión.

Aquella España de pesadilla de los años noventa y ocho y noventa y nueve, aquellos fantas-

mas que se desparramaron por toda la península, vestidos de rayadillo en pleno invierno, mutilados, los ojos en fiebre... ¡Ahí tenéis el recuerdo más antiguo de nuestra mocedad!

¡Y nosotros teníamos una fe viva en tantas cosas!

Sin embargo, hay quien habla de nuestra falta de entusiasmo. Lo verdaderamente prodigioso es que la repugnancia y el escepticismo no se nos hayan metido carne adentro y para siempre, hasta la misma médula del alma.

Pero hoy no quería hablaros de esto.

¿Qué hicieron entonces los intelectuales?

Acaso es prematuro juzgar á los prosistas del noventa y ocho. Yo no sé si hicieron todo lo que pudieron hacer, pero fueron los únicos que hicieron algo. Dieron el supremo empujón á muchas cosas que se bamboleaban, fueron á un tiempo reflexivos y audaces, dijeron palabras que en España no habían sido dichas, limpiaron el periódico y la oratoria de un lirismo fofo, que, como el cadáver de Lázaro «jam fetevat», dieron á la literatura realidad y músculo... Además, con pocas excepciones, supieron conservar su independencia. Y yo he visto al Marqués de Bradomín, invierno tras invierno, cubrir su noble osamenta con un carrik absurdo y unas botas despintadas y sonrientes.

Y los poetas, ¿qué hicieron los poetas en aquellos días lamentables y trágicos?

Cuando una España de apoteosis teatral se hundía para siempre, cuando las venas flojas necesitaban una transfusión de esperanza, cuando la vida se erigía enfrente como un bosque de interrogaciones angustiosas..., he aquí que los poetas recién venidos, como pájaros charloteros, empezaron á hablarnos con sus «arpadas lenguas» de la hora elegante de los parques ingleses, de los abates versallescós que dicen amorosamente madrigales, de la sirena de ojos verdes que nos habla desde el fondo de una copa de ajeno, de las Mímis tuberculosas, de las piruetas de Pierrot, de las flores de loto, de los nenúfares...

Necesitábamos un domador que nos estampase en la frente sus versos al rojo blanco, y el siglo nuevo nos trajo una pléyade de mozalbetes que empezaron á «desgranar»—esta era la palabra favorita—las estrofas de un arte de decadencia, femenino, erudito y sensiblero.

¿Conocéis en la literatura un caso semejante? ¿Podéis imaginaros al noble, al honrado, al bueno don Manuel Josef Quintana escribiendo romances pastoriles á lo Meléndez Valdés después de la epopeya que empieza en las calles de Madrid y acaba en Arapiles? Italia, hecha la unidad nacional, tuvo contra sus vacilaciones al áspero Carducci. Portugal encontró en medio de su dolor el rugido y la zarpa de Guerra Junqueiro. Nosotros tuvimos sólo, después de la derrota, un coro

de exquisitos que madrigalizaba con voz andrógina:

Pierrot y Arlequín
mirándose sin
rencores,
después de cenar
pusieronse á hablar
de amores.

Y dijo Pierrot:

—¿Qué buscas tú?

—Yo

placeres.

—Entonces no más
disputas por las
mujeres.

Y sepa yo al fin
tu novia, Arlequín...

—Ninguna.

Mas dime á tu vez
la tuya.—¡Pardiez,
la luna!

Estas eran las lindas escenas de abanico que
miniaban nuestros poetas, mientras Joaquín Cos-
ta, sintiéndose solo entre tantas apariencias de
hombre, iba á llamar con voz de apocalipsis á las
tumbas de los viejos republicanos de Aragón.

La poesía, si es verdadera poesía y no simu-
lación y preciosismo, ha de nutrirse de nuestra
propia sangre.

Pero... ¿cómo podrá ser cordial si toma en préstamo su forma y su sustancia?

Sabéis que la poesía española, en lo que va de siglo, es una imitación impersonal y esclava de la poesía francesa. Asuntos, figuras, giros y versificación han sido trasplantados, sin poner siquiera en el trasplante un poco de tierra y un poco de agua vivificadora de nuestro propio huerto.

Francia es—era antes de la guerra—un país rico, suave y regalón. Paradójico como ninguno, al mismo tiempo laborioso y sensual, democrático y burgués, progresivo y decadente. En todo pensaba menos en el fantasma sangriento que había de venir. La poesía nacida en su París torturador y misterioso y en su campiña ubérrima, tiene el nerviosismo, la sensualidad refinada, la amargura y la ironía del espíritu que la engendró.

Coged esta poesía, como quien coge una mazorca de rara especie, y soltadla aquí, en el paisaje raso de Castilla y en medio de sus hombres. Se os quedará yerta de frío. Y si queréis darle una apariencia de vida con vuestros menjurjes técnicos, peor para vosotros; tendréis una cosa macabra, algo así como esos niños á quienes los gitanos embadurnan la cara después de muertos.

La imitación es siempre imitación de lo impersonal. Porque lo que arraiga en lo hondo del hombre-poeta, ¿cómo habrá quien lo imite?

Voy á citaros un ejemplo.

Nuestros «novecentistas» han imitado sobre todo á Paul Verlaine. Acaso el poeta más sincero que ha dado Francia en medio siglo. Por consiguiente inimitable. Su alma era una encrucijada. Leyendo su vida os parece por momentos un sátiro, un místico, un comediante, un ingenuo, un mártir y un canalla.

Su verso es un reflejo luminoso y nebuloso de su vida. Cada uno de sus libros—*La Bonne chanson, Jadis et Naguère, Sagesse, Amour...*—es el comentario lírico de un hecho; el perfume de una nueva flor abierta en la copa del árbol ó el eco de un hachazo dado en el tronco.

Sólo escribió Verlaine un libro de inspiración erudita y literaria. Entre los años 65 y 70 coincidieron dos acontecimientos artísticos de igual tendencia: la publicación, por los hermanos Goncourt, de unos admirables estudios sobre el siglo xviii y la apertura al público, en el museo del Louvre, de la galería Lacaze, en que exponían los cuadros versallescos de Greuze, de Watteau, de Boucher. Aquella época galante, amanerada y frívola de marquesitas de biscuít, disfrazadas de pastoras, de góndolas que van bajo la luna pálida con rumbo á Citerea, de negritos, de abates, de galanes espirituales y sutiles, sugirió á Verlaine la idea de sus *Fiestas galantes*, el menos íntimo de sus libros, aunque, siendo Verlaine quien era, ya se comprende que hubo de dejar, de vez en vez, la huella de su impronta inconfundible.

Las *Fiestas galantes* ha sido entre las obras de Verlaine la más amorosamente imitada por nuestros poetas. Una buena parte de su lírica procede de ahí, directa ó indirectamente.

Se ha hablado de un renacimiento poético español. De español no tiene más que el haberse expresado en lengua castellana. En cuanto á renacimiento...

Un poeta fuerte, que levante entre todos su voz de apóstol, noble é indiscutida, ni le tuvimos en la hora trágica, ni nos ha nacido después.

Una inquietud de buzo, de buscador de riquezas soterrrañas, cavando cada uno en su heredad una hora de recogimiento de la que se vuelve siempre, siempre, con algo palpitante entre las manos, no la han vivido nuestros poetas.

Su sondaje ha sido hecho en los libros, no en la vida. Su recogimiento ha sido el de un orfebre pacienzudo que pule, que cincela, que repuja... ¡Y cuántas veces el metal no era oro!

Si cada poeta se hubiera buscado á sí mismo, con afán de hallarse, cada uno nos hubiera dicho su palabra y su emoción.

En vez de rezar cada cual su misa, se han hecho capiscoles de quien oficiaba en su propio altar y han respondido indefinidamente amén... amén... amén... Con frecuencia eran muchos los que decían su oración junto á un mismo oficiante, y entonces, como en esos coros que canta la santa simplicidad, en la penumbra, tras unas fuertes rejas, las voces eran igualmente timbradas, igual-

mente sumisas é igualmente gangosas. ¡Imposible distinguir á cada capiscol de los demás!

Así han perdurado durante tres lustros, idéntico tono sentimental, iguales giros, el mismo léxico. Así asuntos y metáforas, se hacían, recién nacidos, tópico literario que se propagaba en el jardín poético con rapidez saltarina de pulgón.

Un alto poeta, tomó un día—con unción y devoción, como acostumbraba—la siringa pánica de las augustas manos de Verlaine. Y ya recordáis con qué afán nuestros madrigalizadores pusieron-se á tañer la caña helénica, noche y día, como chiquillos mal criados á quienes el padre compra por Navidad una zambomba.

Luego fué Mona Lisa y su sonreír enigmático. ¡Tiene un poder de evocación tan grande esta eterna mujer, inspiradora de Leonardo el brujo! Además, ¡Lisay sonrisa consueñan con tan espontánea facilidad! Las estrofas áureas pusieron-se á zumbar en torno al panal de los divinos labios. Hasta que un día la Gioconda, dudando entre dejar de sonreír ó escabullirse, huyó del Louvre, perseguida de los malos poetas como lo del tábano sagrado.

Después llegó el turno á la visionaria, que hila en la rueca ebúrnea el lino de sus sueños, á la princesita, aguardadora de un galán que, como Mambrú, no viene nunca, al peregrino, «romero del dolor». Después... ¿quién sabe? Cada tópico vivía hasta que entraba en circulación un nuevo tópico. Todos, hasta los más delicados y fragan-

tes, caían al poco tiempo en la vulgaridad más ruin, manidos, lacios, sin color ni olor.

Hubo un momento en que creimos que este arte de *boudoir* iba á ser barrido por una ráfaga de aire tónico.

Fué cuando los poetas empezaron á hablarnos de nuestra historia y de nuestro paisaje, de la tierra que llevamos en los huesos y de las tradiciones que llevamos en el alma.

Pero faltó el propósito de enmienda. Sin reflexión, sin una noble idea del arte, sin estudio, todo se redujo al cambio de unos tópicos por otros: los callejones toledanos, los desafíos, los chambergos, las tapadas, los pícaros, las daifas, la gallofa..

Sin estudiar Historia no se puede saber Historia, y nuestros poetas no se dignaron hojear, por lo menos, uno de esos deliciosos manuales, en que la casa editorial aprovecha, para retratos de los reyes godos, los clichés del almanaque en que se pregonan las excelencias de las pastillas Valda.

¿Creéis que exagero?

Vive en Madrid—entre otros muchos de la misma harina—un señor que estampa artículos y libros escritos en una cierta gerigonza á la que él llama «recio estilo español» ¿Cuántas veces ha hecho cabalgar al Cid, desfilar los tercios de Flandes, zozobrar las carabelas y rugir de indignación á don Pelayo? No lo sé. ¡Muchas! Este hombre—pensábamos nosotros—se mueve dentro

de la historia patria con facilidad, con holgura, con regodeo, como deben de moverse dentro del gabán de pieles los que lo tienen propio.

Una vez fué necesario hablar de Historia. Hubo que evocar aquellos días románticos y tormentosos en que el general O'Donell, al frente de una revolución á punto de sucumbir, lanzó, en último ensayo, un manifiesto muy liberal redactado por Cánovas y que ha entrado en los archivos de la Historia con el rótulo de «El Manifiesto de Manzanares», por estar escrito y fechado en el pueblo de este nombre.

Y he aquí, que el hidalgo del *recio estilo* quiere contarnos estas cosas. Y empieza así su capítulo: «Por entonces acababa de publicar Manzanares su célebre manifiesto...»

Dejadme ahora que confiado en vuestra amistad ó en vuestra atención benévola os hable un poco de mí. No temáis que la vanidad se me ponga de puntillas y empiece á dar voces y que... No, más bien lo contrario. A semejanza de aquellos hombres fervorosos de la Edad Media que congregaban al vecindario en la plaza, y allí, delante de todos, decían cristianamente sus pecados, yo quisiera decir ante vosotros mi examen de conciencia, para que mi contrición se exalte y mi propósito de enmienda sea duradero y eficaz.

Fué que me prosterné de hinojos ante mi conciencia artística.

—Acúsome, le dije, de haber dedicado buen número de endecasílabos á la llanura castellana.

—No hay pecado en ello—me dijo mi conciencia.

—No, dicho así no hay pecado en ello; pero es que yo no tengo terrón, ni conozco de Castilla más que los altos de San Isidro y el Pinar de Antequera; es que no he visto labradores más que en las corridas de toros, en septiembre, y cuando vienen á comprar sus aperos, por San Juan; es que yo no sé lo que es una yugada, es—continué con esa exaltación de penitente que halla placer en flagelar sus carnes—que yo he escrito mis versos campesinos empotrado en un sillón frailerío, rodeado de volúmenes y fumando cigarro tras cigarro, es que me llevó la moda volandera y he cometido el pecado horrendo de convertir la vida trágica y sangrante del labrador castellano en tópicos sonoros, vacíos de sustancia y de cordialidad...

—Grave es la falta. ¿Has algo que alegar en tu favor?

—No sé que pueda alegar, como no sea el no haber traído á colación el sayal de San Francisco, ni haber meneado los huesos respetables del Cid y de «la mística andariega». En cambio—¡ay de mí!—he comparado á los trigales en sazón, salpicados de amapolas—rojo y gualda—con la bandera nacional...

—¿Sabes que á eso se llama cursilería?

—¡Sí que lo sé!

Entonces mi conciencia, seria y benévola, adusta y materna, como suele, me lanzó el siguiente réspice:

—Has cometido un pecado y un delito. Fingiendo gritos del corazón lo que eran no más torturaciones del cerebro, has cometido pecado de insinceridad. A las manos que se tendían ante ti pidiéndote oro puro de belleza, les has dado moneda de cuño borroso, impreso en mal metal. Has cometido delito de falsificación y de engaño. Hablas de modas. ¿Qué quieres decir? ¿que otros muchos han hecho como tú? Pero buscar, para las propias, disculpa en las ajenas faltas, acusa flojedad del ánimo. ¿Quieres cantar los campos y la vida y la gloriosa historia de tu tierra? Sal al campo, sumérgete en la vida y en el polvo multi-secular de los archivos, vive con el corazón y con la fantasía el vivir de los siglos que pasaron, deja que como un mosto, caigan hasta lo profundo de tu alma los dolores y las alegrías cotidianas, que el aire, cargado de perfumes agrios venga á llenarte los pulmones, estudia en los hombres y en las piedras, medita, habla y escucha, piensa y sufre, y cuando tu alma esté henchida y perhenchida, inclínala como una copa de oro y que la emoción se vierta pura, libre de posos, decantada y flamante como un chorro de luz.

Otra cosa me dijo mi conciencia, quedito un poco avergonzada: Tú eres poeta; ¿quieres cantar la belleza de Castilla? Cántala como artista—así lo hizo Galán, así Francisco Antón y Ricardo

Allué—. Pero tú eres oficialmente profesor. Tal vez te ocurra hablar á tus discípulos de un pro-político, como la autonomía municipal ó de un problema económico, como la supresión de los consumos. Si tal haces, ¡no saques, por Dios, á colación los pinos rumorosos y las espigas susurran-tes y el Cid y su tizona!

Porque... la ¡belleza de Castilla es una co-sa demasiado augusta para servir de hoja de parra!

Todos hemos pecado, amigos míos, y todos de-biéramos consumir acto público de purificación y penitencia.

Oíd, si os parece.

Que cada ciudad congrege á sus poetas, á to-dos sus poetas.

Ha de ser á la misma hora en toda España, para mayor solemnidad y ejemplo. Que en un an-cho y hondo carro de mudanzas vayan poniendo sus arambeles literarios: el clavecín de la abuela, tantas veces martirizado; el casco de guerrero, con su cimera mustia; la capa de don Juan, que antaño era granate, pero que de tan traída y llevada ha dado en un bonito rosa pálido; el bor-dón del peregrino; la siringa griega, el vio-lín otoñal, la corcovada rueca de los sueños, el aro de papel, roto por las cabriolas de Pierrot, la espada de Toledo, mohosa y mellada, el chamber-go barriolatinesco, el manguito de Mimí, el sayal

de San Francisco, «color de llanura»... Y que al anochecer, la hora propicia á las bellezas mustias, partan los carros, claudicantes y sonoros á vaciar su ruin entraña en el ñaque de los respectivos Fonseca!

II

Si quisiéramos fundamentar esta corriente literaria, sacarla del terreno movible de la moda y levantarla á plano más estable, nos veríamos, de seguro, en gran perplejidad, porque no tiene más fundamento que la moda y el revoloteo frívolo del gusto. Blandengue y acomodaticia, como una sanguijuela, le falta como á ella el esqueleto.

Las diferentes escuelas que se formaron en Francia á mediados del siglo anterior, fueron llegando á España cuando el azar lo quiso, algunas con setenta años de retraso. Influían los autores á medida que cruzaban la frontera, y hubo quien imitó sucesivamente á Baudelaire, á Verlaine, á Wiliers de Lisle Adam y á otros de segunda y de tercera fila, siguiendo siempre al último conocido, sin más razón de preferencia, sin preguntarse nunca si aquellas obras tan personales no tendrían detrás de sí una nueva concepción del Arte y si aquella técnica, desconcertante á veces, no era el resultado de ensayos largos, silenciosos, prolijos, reflexivos. Resultaba

más cómodo suponer que aquellas manifestaciones artísticas habían nacido aquí y allá, porque sí, *un peu par tout*, como los cardos borriqueros.

A pesar de esta vaguedad, que no es en el fondo más que repugnancia al estudio, algo se ha dicho, que á falta de cosa más completa y sistemática, puede servir de explicación y fundamento.

Federico Santander, en su elegante conferencia «El collar de estrellas y la crítica», glosaba unos párrafos de Benavente en que este autor esbozaba sus ideas acerca del arte y del artista.

El poeta es un amante de la Belleza; espíritu diáfano, enormemente comprensivo, sabe abrirse á todas las ideas y tiene un latido para todos los sentimientos. Es de todos y de ninguno; reparte, pródigo, su carne y su sangre, pero no se deja crucificar. Como el sol, alumbra á todos, pero sigue fuera de la Tierra, lejos de la Tierra, conservando su luz y su calor. «El artista no se detiene, va siempre»; «en su caminar continuo é incansable admira todos los parajes, gusta la belleza de todos los horizontes». «El artista es siempre independiente, y cuando le creemos más nuestro, á la hora menos pensada, da una rabotada y sale de estampía».

Y luego Santander glosaba así: «Recordáis aquella *sobremesa* del maestro? Pasan los frailes con sus salmos litúrgicos, y, desde el borde del camino, el poeta canta su austeridad, su abnegación; pasan, entre clangores marciales, los solda-

dos, y el poeta canta un himno á su bravura; pasan los obreros en legión inmensa, y el poeta elogia su laboriosidad y su perseverancia en el trabajo rudo. Y todos dicen al pasar: —¡Ven con nosotros! Pero el poeta contesta: —Oh, no! Pasad. Un momento mi alma vibró al unísono de vuestro ascetismo, de vuestro arrojo, de vuestro esfuerzo. Con vosotros sería pronto un hereje, un díscolo, un indisciplinado. Pasad. Dejadme .. ¡Y así quedará siempre con vosotros el grato recuerdo de mi canto!»

No se puede negar que esta concepción del Arte, expuesta así, con la elocuencia mundana de Santander y subrayada con su mímica de buen actor, es halagadora y sugestiva.

Pero...

Imaginad un poeta como este concebido por Benavente. Y digo que lo imaginéis, porque en este bajo mundo no ha existido jamás.

Empezad por quitarle sus juveniles ideas republicanas, sin dejarle por eso las monárquicas; que no acaricie vanas ilusiones pacifistas, pero ahuyentad sus sentimientos belicosos, porque sino, al ver pasar á los ejércitos que van á la guerra, ¿cómo no se marcharía con ellos?; al arrancarle sus férvidas creencias religiosas, cuidad de no hacer de él esta cosa nefanda que se llama un librepensador; que no sea individualista ni socialista; que no se deje ir hacia la añoranza de la tradición ni hacia las promesas del mañana, envuelto acaso en rojas nubes de crepúsculo... De-

jad, en fin, su alma pura é inocua como un sueño en el que no se sueña nada.

Y una vez hecho, despojadle también de sus vestidos; haced que fresco y sonrosado—como debía de salir Popea después de bañarse en leche de burras—se siente al borde del camino, que dos esclavas núbiles le espanten, con sendos abanicos, las moscas y los agrios tábanos. Cuando pasen los anacoretas consumidos de fe y de penitencia ó los soldados que van á morir por la patria, el poeta tenderá su mano displicente y una tercer esclava pondrá entre sus manos la lira septicorde... Y no haríais mal en escoger vuestro poeta entre los tiples de la capilla Sixtina, porque sino puede ocurrir que una mañana pase por la ruta una moza, una de estas que parecen aureoladas con un resplandor de alegría, de optimismo, de juventud lozana, y puede ocurrir que el poeta se enamore desde lo hondo y para siempre, con corage, ó, como dice nuestro pueblo, «con fatigas del alma»... Y entonces ¡adiós rabotadas y adiós lira septicorde y adiós bonita estética de sobre-mesa!

Bien comprendéis, sin necesidad de que yo os lo diga, que estas flechas, un poco acervas, pasan silbando muy por encima de las personas y van, ó quiero yo que vayan, á clavarse tremantes en las ideas. Es esta una advertencia que va implícita en todo mi discurso—como en toda crítica honrada—, pero que saco á flote aquí porque no quiero ser confundido con aquellos que, llevados

de una pasión circunstancial, han emprendido lo que un catalán llamaría «la reventada» de Benavente.

Hecha esta aclaración, la teoría queda en pie.

Y la teoría dice que el Arte es, no más, una contemplación. De una parte el Mundo, con sus enormes perspectivas. De otra el poeta, como un espectador. La pasión y el sacrificio, la alegría y el dolor callado, la muerte y el amor, pasan ante él, que pone sobre sus frentes fatigadas una corona de flores. La procesión se aleja, entre el polvo dorado del sendero, y el poeta queda esperando nuevos peregrinos, impenetrable y sobrehumano en su augusta serenidad. No esperéis que os ofrende una idea, como un fruto en sazón, porque en su huerto no maduran las ideas: no esperéis que os oriente en vuestra marcha hacia los nuevos días, porque un sol que nace no es más que un bonito color y un concierto de gorgoros suaves. El poeta no es más que un espectador, y la predilecta de sus hermanas, la música, aquella de los pies ligeros que ha sabido descubrir un camino que va derecho al corazón sin despertar en el cerebro la dormida idea.

Perdonadme ahora la sequedad de las palabras que van á seguir. Yo os prometo que serán

pocas y que sabrán contenerse en los límites de la iniciación.

El Hombre, en su marcha insegura y angustiosa hacia la tierra de promisión, ha dudado de todo, del alma y de Dios. Se ha dicho si el Mundo que se extiende ante él, con sus colores y sus rumores y sus formas múltiples no será el ondulante y fugitivo velo de Maya, la ilusión.

Hay, sin embargo, una cosa de la que el hombre no ha dudado nunca, y esta cosa es la vida, *su* vida. ¿Cómo podría dudar, si la duda es busca de Verdad, anhelo del Bien, dolor, inquietud... vida? ¿Cómo la vida podría dudar de la vida?

Pero vivir es tener ideas, sentimientos y deseos. Si es algo más, allá en el fondo, yo no lo sé.

Conocer, es unirse y separarse; sentir, unirse y confundirse. Al que ve correr un ciervo, no toma por eso la velocidad del ciervo en su carrera; pero el que ama, toma para sí las alegrías y los dolores de la persona amada. El dolor que mata al hijo, hiere con el mismo corte el corazón de la madre. Sentimiento, es unión, fusión, solidaridad.

Y el sentimiento es la esencia del Arte.

El poeta puede un momento ser contemplativo. ¿Pero cómo él, que es sobre todo sensibilidad, no sufrirá viendo sufrir? ¿Cómo no sentirá que su alma se transfunde en las cosas y que el alma de las cosas viene á decirle su palabra? Es lo que expresaba Unamuno vigorosamente, cuando, al hablarnos del sentimiento del paisaje, decía que el

poeta ha de tener «el corazón verde de campo y el campo rojo de corazón».

Y no creáis que esto que digo reza sólo con la poesía; es, por el contrario, una doctrina general del Arte. Un gran paisajista francés, Rousseau, ha dicho: «Hay composición cuando los objetos representados no lo son por ellos mismos, sino para contener bajo un aspecto natural los ecos que pusieron en nuestra alma».

No consiste el Arte en hacer de la vida un espectáculo en el que los hombres y las cosas pasen hieráticos y mudos en una teoría de ensueño; mas bien consiste en dar al ensueño calor y palpitación de vida.

Otro aspecto de la cuestión. La misma cosa despierta en mí, conjuntamente, ideas, sentimientos y deseos. Sólo una abstracción—¡y bien difícil!—los disocia y separa. ¿Cómo podrán, entonces, los sentimientos del poeta divorciarse de su propio é íntimo pensar? Es como si quisiéramos, manipulando en un laboratorio, separar el hidrógeno del oxígeno y conservar, sin embargo, el agua.

Se habla de desinterés en el Arte. Está bien; pero tened cuidado. Podéis ir á parar á una afirmación como ésta: «Un azulejo realiza más plenamente el ideal de belleza que la Nikes de Samotracia», porque el azulejo no necesita de un rígido concepto para mantener vuestra emoción

viva; en cambio la Victoria, transportada por vuestra fantasía á la orilla del mar, bajo la luna clara, puede despertar con su aleteo el emjambre de vuestras más profundas devociones.

Ahora quisiera preveniros contra esa encantadora psicología de «Última Moda» y «Museo de las Familias», según la cual, los estados de conciencia se suceden vertiginosamente del modo más sencillo.

¿Recordáis aquellas novelas deleitosas que leíamos durante las veladas del invierno, allá, en la época no menos deleitosa de *Latín segundo* y de *Geografía*?

...«Al oír esto, el Conde se quedó *blanco* como la nieve, después, *rojo* de indignación, crispó los puños, y al fin exclamó *verde* de ira...»

Y así seguía el Conde, cambiando de colores, como esas bailarinas de café-concierto que reciben sucesivamente las varias luces de un reflector hábilmente disimulado.

En estas novelas de inefable memoria, el amor era un flechazo, el odio nacía súbito, la melancolía inundaba el alma de repente, y todas las pasiones desfilaban raudas por el corazón del protagonista en el breve espacio de un capítulo.

Un concepto preciso y bien determinado exige un largo proceso discursivo de abstracción, de análisis, de diferenciación, de reflexión ordenadora.

Un sentimiento, entiéndase un sentimiento superior, no es más sencillo ni más rápido en su formación psicológica.

Cuando una emoción irrumpe todopoderosa en la conciencia, tiene ya una larga vida en la esfera penumbrosa del espíritu, donde una multitud de sentimientos elementales se entrecruzan, se modifican y se refuerzan mutuamente. Brusca y desconcertante en su estallido, la emoción viene largamente incubándose en nosotros.

La pasión, mucho más complicada y más intensa, de génesis más larga, es sobre todo más permanente, y en su enraigamiento lleva sus raíces hasta lo más recóndito. El viejo Kant la comparaba á «un torrente que se hunde cada vez más en su lecho».

Porque nace y se robustece á escondidas de la reflexión, porque encuentra en lo más íntimo de nuestra naturaleza innata sus condiciones de desarrollo, suelen nuestras pobres ideas tener tan poca fuerza contra el impulso de la pasión. Cada uno de nosotros se da cuenta de que por debajo de nuestras concepciones ideológicas, que se completan y se complican y se elevan y se derrumban, hay una roca viva sentimental de larguísima formación que permanece inmóvil. De ahí es de donde toman nuestros sueños su ser y su sustancia.

Tened por seguro que para que un sentimiento sea fecundo y engendre una obra duradera, para que ponga en nuestros labios la palabra lírica y corra por debajo de nuestros versos con plenitud

de río, es necesario que haya vivido largamente con nosotros, que nos haya acariciado y torturado, que nos llene y nos desborde, porque la poesía nace de la abundancia del corazón.

Los sentimientos fugitivos que dejan en nosotros las cosas con las que estuvimos en contacto un punto, producen también un arte, no lo niego, un arte femenino, ingenioso, que se queja con vocécita de niño enfermo, que piruetea como una marionetta, un arte blando, sentimental y flojo. Las crestas de granito que van cortando el tiempo con sus aristas luminosas, se fundieron para siempre cuando la masa de la tierra ardía toda como un lingote de oro.

¿Creéis que Calderón pudo escribir sus dramas y sus autos siendo otro de como fué, católico hasta el tuétano, y católico á lo español del siglo xvii? ¡Y aquel otro santo, aunque no esté en los altares, aquel enorme Fray Luis de León, el hombre más naturalmente poeta que ha nacido de madre española, alma derretida de amor, corazón ingenuo, cuerpo dolorido, voz de manse-dumbre...!

Ya sé que se puede cantar, por ejemplo, la duda religiosa permaneciendo en el fondo creyente, creyente á la manera turbia y sin arrebatos de los espíritus mediocres; pero los versos serán redundantes y livianos como vejigas infladas. La pompa multicolor de los cultos antiguos puede inspirar—como en Lecomte de Lisle—estrofas de una admirable perfección formal, rítmicas

cas, estatuarias, severas como el mármol, pero, como el mármol, frías y sin palpitación.

Sólo quien se ha dormido muchas noches meciendo la inquietud que no reposa y que pregunta siempre, sólo el que conoce la angustia de sentirse perdido en la senda ardiente y desolada, sabe encontrar la voz y lanzar el grito.

Oíd una triste historia:

Miguel Kierkegaard guardaba ovejas en las frías y lamentables llanuras de Judlandia. El pasto era escaso, el tiempo enemigo, la vida lamentable. En el alma de Miguel Kierkegaard iban dejando las horas grises un poso amargo de desolación.

Una tarde, más triste que ninguna, el pastor adolescente sintió que la desesperación y la protesta se le ponían de pie en el alma y que se la llenaban toda con sus gritos y sus gestos amplios. Miró al cielo cárdeno, y desafió á Dios y le insultó.

Poco después el pastor pudo dejar las llanuras de Judlandia y establecerse en Copenhague. Algunos años transcurrieron. Como en los cuentos, el antiguo guardador de ovejas se hizo rico.

He aquí la tragedia. Miguel Kierkegaard era hombre ardientemente religioso. La hora del triunfo fué también la del terror y la del remordimiento. La blasfemia lanzada en otros días, vino como un fantasma á proyectar su sombra sobre el presente y sobre el porvenir. Si Dios no le castigaba, era porque guardaba su venganza para

después de la muerte, implacable, por toda eternidad.

Por entonces Miguel tuvo un hijo, Sören. Y el Dios del Sinaí castiga las culpas de los padres hasta la séptima generación.

Sören Kierkegaard, el enorme filósofo-poeta de cuerpo doliente y espíritu febril, pasó su adolescencia y su juventud en un hogar sombrío, junto aquel pobre hombre que á veces le cogía la cabeza entre las manos y mirándole largamente, solía decirle: «¡Pobre nene mío, tu vida es sufrir y callar!».

A los 25 años Sören penetró al fin el misterio. ¿Comprendéis? El padre quiere redimirse y redimir al hijo que lleva desde la cuna la maldición de Dios. Para ello, le da una educación no sólo religiosa, sino mística. El hijo lleva sobre sí el deber de redimir á aquel viejecito á quien adora y de salvar su alma, concebida en pecado. Sören, como un loco, empezó á estudiar Teología.

Humíllate, sufre y serás salvo. Pero el alma férvida de Sören Kierkegaard que sabe sufrir como ninguna, no sabe humillarse, no puede humillarse.

Una dialéctica fría, que tiene dientes y uñas de acero, le va royendo el tronco de la fe. El alma de Sören es, en esta época, como una selva medrosa en la que dos lobos famélicos se muerden y se entremuerden.

Al fin el duro resorte de la voluntad, tanto tiempo aplastado, se tiende en un impulso rudo y

lanza al espíritu más allá de la razón. *La fe es un acto de voluntad*. Poco falta para que Kierkegaard diga como aquel zahareño africano de los primeros siglos: «creo, porque es absurdo».

Así es como la vida cava y socava y hende los espíritus. Y cuando ha hundido la reja un día y otro hasta lo más profundo, deposita el germen que da flores de poesía y frutos de ciencia y de Verdad.

III

La premura de tiempo ha hecho que mi discurso quede así, desvertebrado y fuera de sazón.

Lo siento por vosotros, que habéis tenido que suplir con vuestra indulgencia lo que al discurso falta de profundidad en el fondo y de pulcritud acicalada en la forma. Lo siento por mí, que he retorcido el cuello á un asunto á que tenía verdadero amor. Pero sentiría, sobre todo, que entre este montón de párrafos hubiera quedado un hueco para el equívoco.

Mi intención era decir á los poetas españoles que hicieron mal en negar á sus contemporáneos el lenitivo y la esperanza de su palabra cuando lo habían menester. Que por su culpa un gran dolor ha sido infecundo para el Arte. Y que deben avergonzarse de ello.

Que por cerrar los ojos y el espíritu á la vida verdadera, á la que se estremecía en torno de ellos y en ellos, han cultivado un arte exótico, expresión de un alma que no es la nuestra, por consiguiendo un arte falso, con mucho cerebro y

poco corazón, un arte de grandes habilidades, pero sin religiosidad estética.

No se infiera de ahí que predico una vuelta al clasicismo puro. Yo no he dicho que los poetas sean desenterradores. Cada edad tiene su placer y su dolor y su voz para cantarlos. Que el poeta conozca las literaturas extranjeras, y mejor cuanto mejor las conozca. Que se deje influir por ellas. Pero una cosa es la influencia difusa y, sin embargo, penetrante y reflexiva, y otra es la imitación servil y sin decoro.

Mi intención era herir una vez más á esa vieja concepción del Arte que enseña á mirar la vida como un cosmorama de combinaciones hábilmente dispuestas para recreo de los ojos y descanso del alma fatigada. El poeta debe darse entero, nutrir su arte con todo lo que es, con su querer, con su verdad, con su fe ó con su escepticismo, con su solución y con su problema y con su inquietud. Arrojándolo todo, como Benvenuto, en la hoguera de su ideal para que no se apague.

Ahora quisiera comunicaros mi esperanza de que ese Arte flébil de que os he hablado, va á desaparecer.

¡Cuántas cosas van á desaparecer! Un huracán ha venido. Un huracán que azota al Mundo y que trae en su corriente un alarido inmenso, hecho de himnos patrióticos, de súplicas, de maldiciones, de plegarias de agonizantes, de sollozos

de huérfanos, de estampidos de cañón, de zumbar de hélices, de chisporroteos de incendio, de lamentos de hospital, de besos últimos, de crujir de huesos, de vítores, de insultos, de blasfemias, de absoluciones, de confidencias, de heroísmos y de asesinatos...

Es la guerra, el crimen humano, el crimen de todos los hombres contra todos los hombres; el monstruo que va sembrando, sembrando y tiene una semilla de odio para cada niño que nace, y una paletada de tierra para cada hombre que asesina, y una «tara» para cada enfermo, y un zarpazo para cada corazón de mujer.

¡Cuántas cosas van á desaparecer! ¡Cuántas á nacer insospechadas!

¿Creéis que después de la guerra podrán los poetas, hombres de carne y hueso, seguir jugando con Pierrot y con Colombina y con sus muñecos llenos de serrín? Este tirón hacia lo más profundo de la vida y hacia lo más profundo de la muerte, ¿no ha de tener poder para precipitar á los poetas desde la nebulosa de sus ensañaciones hasta el infierno humano, donde las lágrimas son de verdad acervas y el dolor muerde en las fibras más hondas de la entraña? Entre la epopeya, como un sol sangriento que se pone, y la sociedad nueva que empezará á surgir con imprecisiones de aurora, ¿qué poeta no encenderá su luz y su ideal?

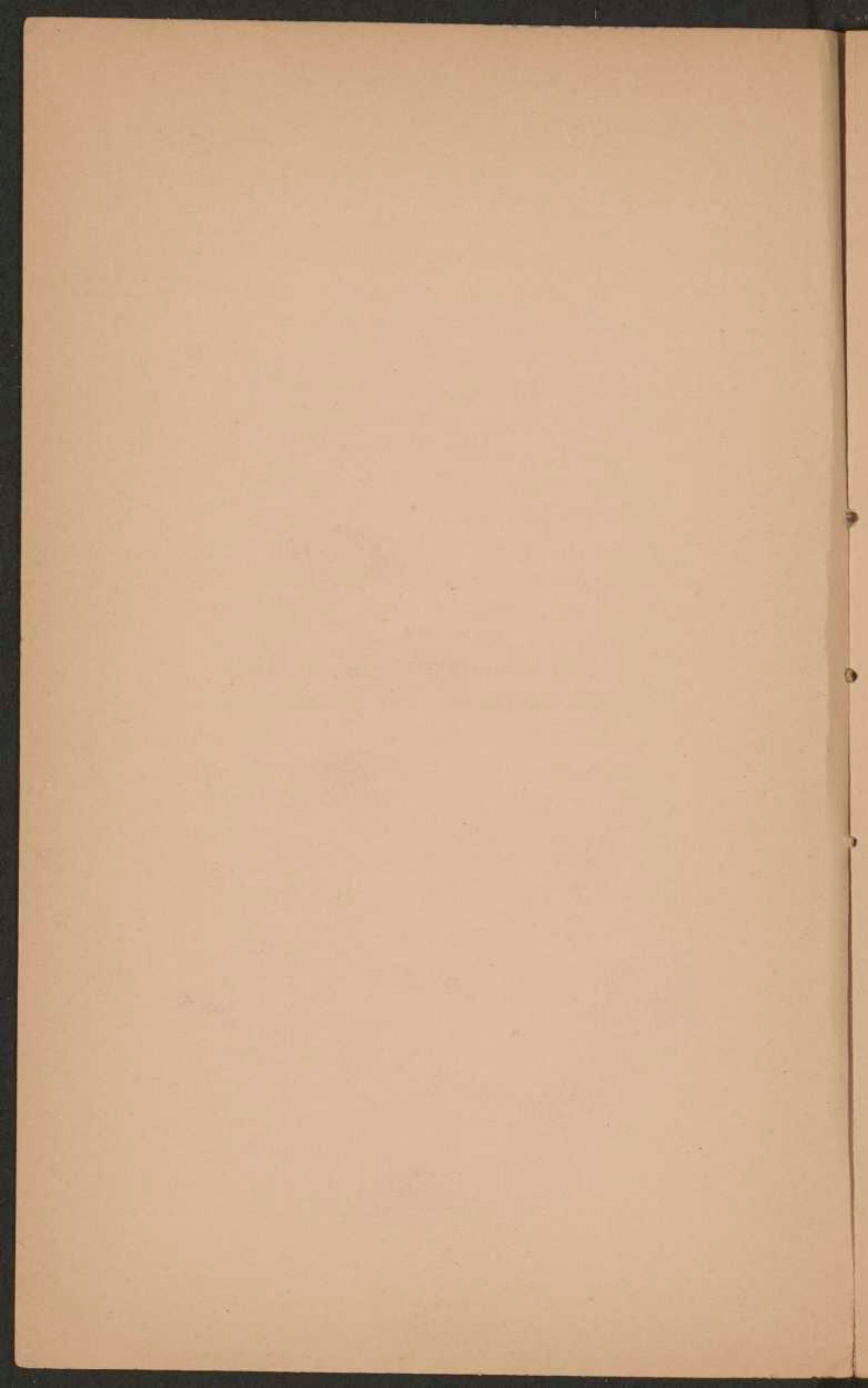
Cuando el pensamiento busque los viejos nidos y los encuentre rotos, y los antiguos manantiales

y los encuentre secos, ¿no sabrán los poetas mostrarle, allá, á lo lejos, nuevos árboles y nuevas prometedoras fuentes de agua viva? Los poetas llegan de un vuelo hasta la cumbre que escala lentamente la Ciencia por sus caminos geométricos. Y cuando sobre la remota cumbre nada existe, la poesía, que es creación, lo inventa. Y el milagro se hace, porque lo que era un espejismo, el anhelo perseverante lo torna realidad.

Una poesía que hincó sus raíces de roble en lo más hondo del vivir, una poesía radiosamente humana, en que florezcan los ensueños rotos de tantos miles de hombres que callaron para siempre cuando estaban en plena juventud, una poesía de paroxismo y de perdón, que sea treno y plegaria, lamentación y salmo, una poesía con un inmenso amor para los que murieron y una inmensa esperanza para los que van á nacer...

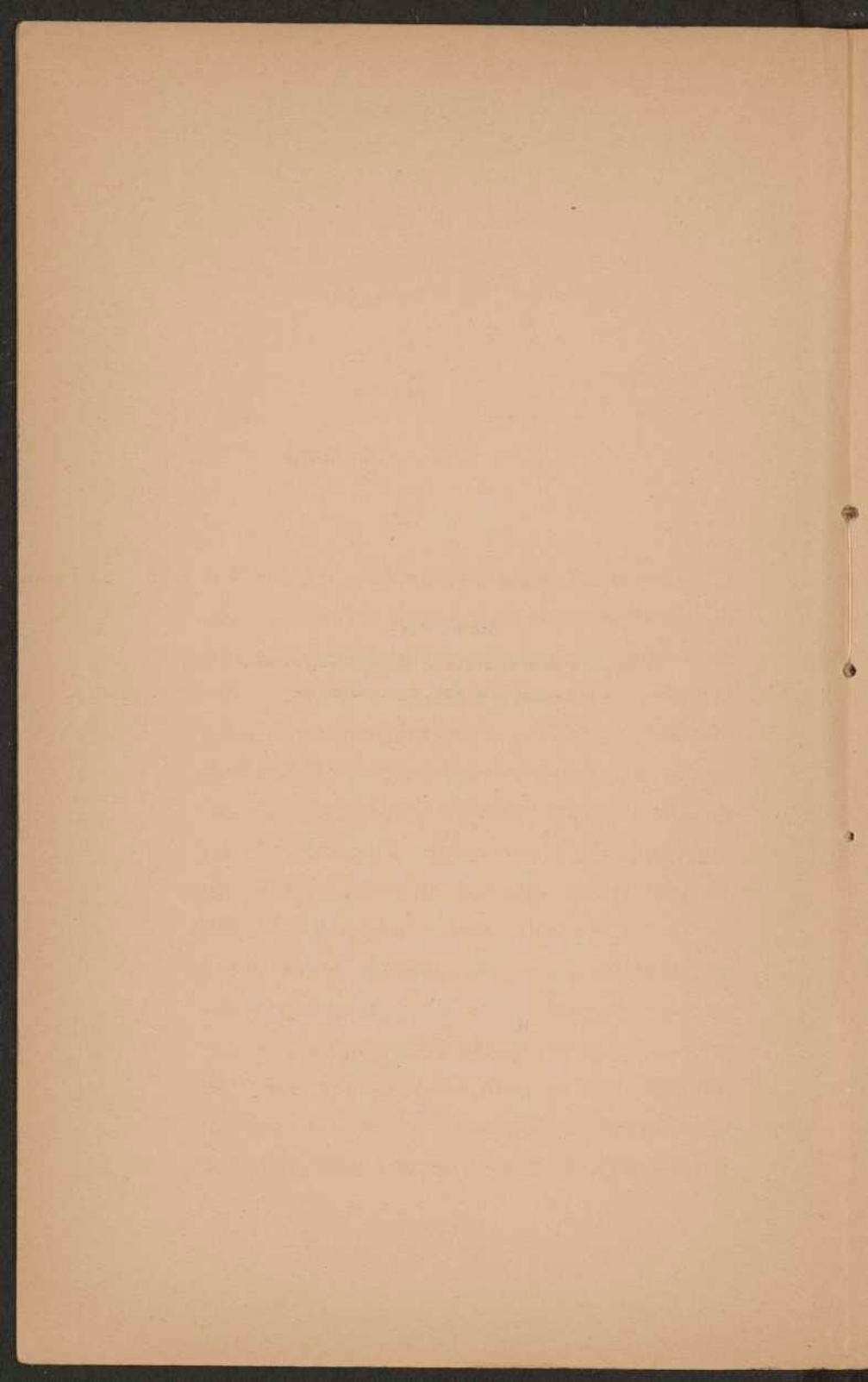
¿No es verdad? Eso quisiéramos todos, vosotros y yo, que fuera la poesía después de la guerra.

HE CONCLUÍDO



MEMORIA

leída por el ateneísta D. Emilio Segoviano
en la apertura del curso 1916-1917



SEÑORES:

Sois vosotros los mismos que, con la valiosa cooperación de vuestra presencia, nos dais ánimos para continuar valerosamente la lucha en pro del arte y de la cultura. Porque todos sabéis que nada anima tanto como el convencimiento de que hay un núcleo que, de cerca, presta atención á nuestro esfuerzo, alentándonos á continuar, perseverando en él, á pesar de todas las dificultades é inconvenientes. Sucesivamente hemos ido viendo que el número de concurrentes á los actos que en nuestro Ateneo se celebraban iba creciendo, y si alguna vez sentimos desfallecimientos, fuisteis vosotros los que, con el silencioso concurso de vuestra presencia, trajisteis de nuevo á nuestras almas la flor

del optimismo, la fe en el trabajo y en el ideal, que ahuyenta las negras sombras de la duda y que hace que tengamos de la vida una visión magnífica y halagadora.

Sean, pues, á vosotros dedicadas estas líneas de agradecimiento, de sincera y profunda gratitud, porque no sabéis el gran bien que con ello nos hacéis, contribuyendo al perenne florecimiento de nuestra esperanza y colaborando con nosotros en esta bella obra de educación y trabajo, siempre en pos del resurgimiento de Castilla y de España.

Nada quiero decir en alabanza de la labor realizada por nuestro Ateneo en el pasado curso. Sencillamente me conformaré con refrescar en vuestra memoria los actos que aquí se celebraron, y ellos, más elocuentemente que mis pobres palabras, han de hablaros del feliz resultado de nuestro intento.

Estuvo encargado del discurso de apertura don Ricardo Allué, que trató de «El paisaje en Castilla», una bella conferencia que mereció muchos elogios. El secretario

de la sección de Literatura y Bellas Artes, señor Gómez Mollá, leyó, á continuación, una bien escrita Memoria del curso anterior.

Siguió á esta velada una conferencia del sabio inventor señor Torres Quevedo, que disertó elocuentemente sobre su «Autómata ajedrecista». La sección de Derecho y Ciencias sociales, organizó los siguientes actos: Conferencia de don Juan Díez Caneja, «Deshispanización americana»; otra de don Matías Peñalva, que versó sobre «Legitimidad de un patriotismo crítico» y, finalmente, otra de don Luis Balmory titulada «Contrastes del actual momento penitenciario».

Merece mención especial la sección de Literatura y Bellas Artes, que organizó muchos y muy variados actos, todos con laudable empeño y magnífico resultado.

Estos fueron los que siguen: Velada en honor de Rubén Darío, en la que intervinieron los literatos y poetas señores Alonso Cortés, Santander, Cossío y Lapí. Otra en honor de Cervantes en la conmemoración

de su tercer centenario. Hablaron y leyeron los señores Torre Ruiz, Allué, Lapí y García.

La señorita Aurea Lacort, galantemente, accedió á cantar, acompañada al piano por el señor Gabilondo, tonadas de los siglos xv y xvi. Luego, la Sociedad *Camino del Arte* representó admirablemente el entremés de Cervantes «La guarda cuidadosa».

Dos veladas en honor de dos grandes músicos muertos: Usandizaga y Granados, á cargo de los señores Allué, Enterría y Santander, la primera; y Lapí y García, la segunda, que leyeron diferentes trabajos. En la de Usandizaga cantaron la señorita Consuelo Lacort y el señor Aguirresasobí. También prestó su valioso concurso al Ateneo en esta velada el *Orfeón Vasco*.

En honor á Granados intervinieron, además de los literatos arriba citados, la señorita Teresita González y el pianista señor Gabilondo.

Hubo también la titulada «Fiesta de la copla castellana», en la que habló el señor Alonso Cortés y cantaron las señoritas Au-

rea, Consuelo y María Lacort y los señores Arriola, Lacalle, Lecanda, Berteano, García y Abad. El señor Allué habló muy galanamente de «El pueblo y sus cantares», y el maestro Manzanares interpretó al piano varias canciones populares, instrumentadas por él exclusivamente para esta fiesta.

Otra velada musical de gran resonancia fué el concierto dado por dicho maestro, en el que obtuvo un nuevo triunfo.

Los poetas señores Vela de la Huerta, Clemente Romeo y Villán Gil, nos deleitaron, en tres veladas distintas, con la lectura de sus versos respectivos.

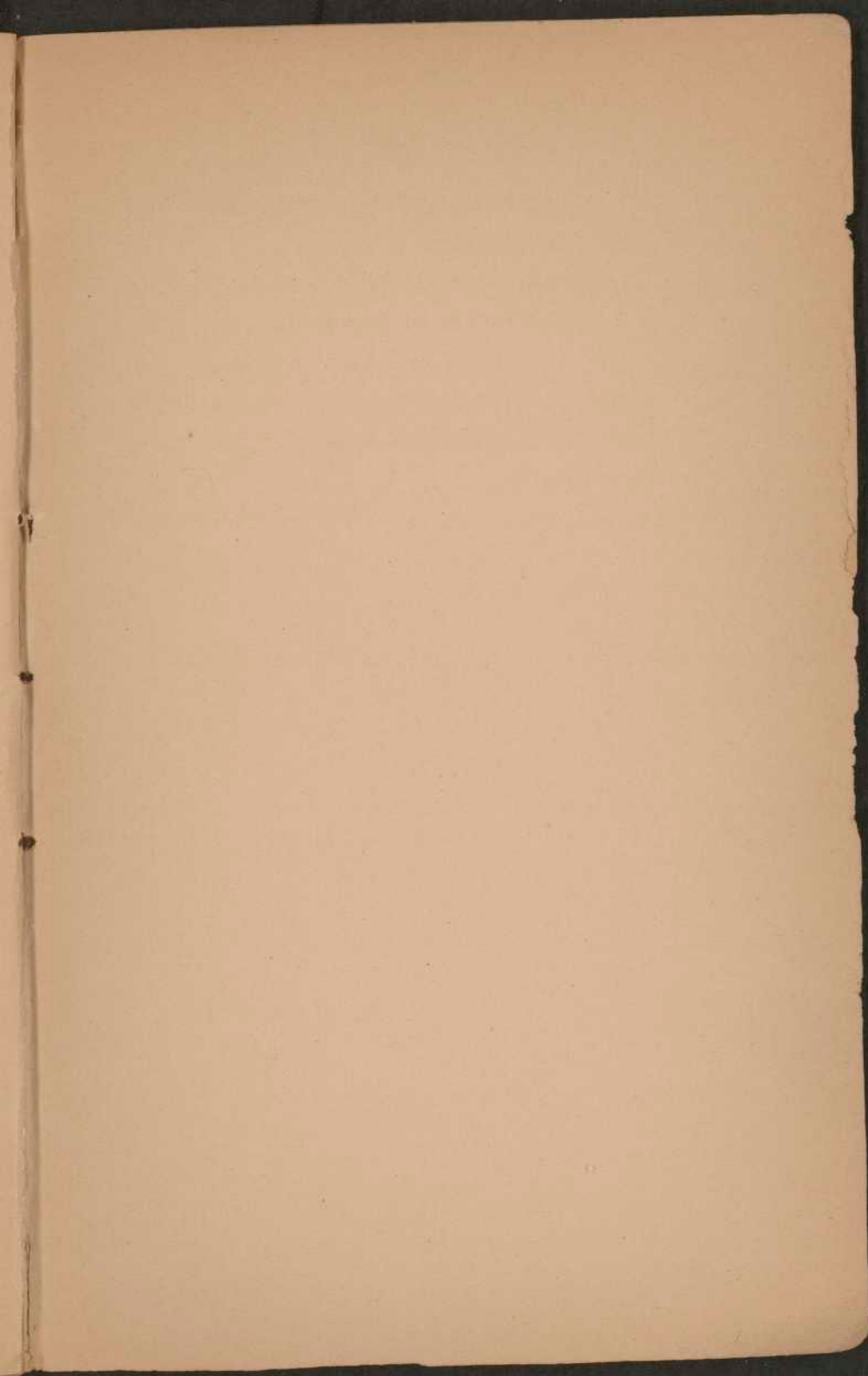
También fué muy elogiada la conferencia de don León Martín Granizo, titulada «Mis viajes por España».

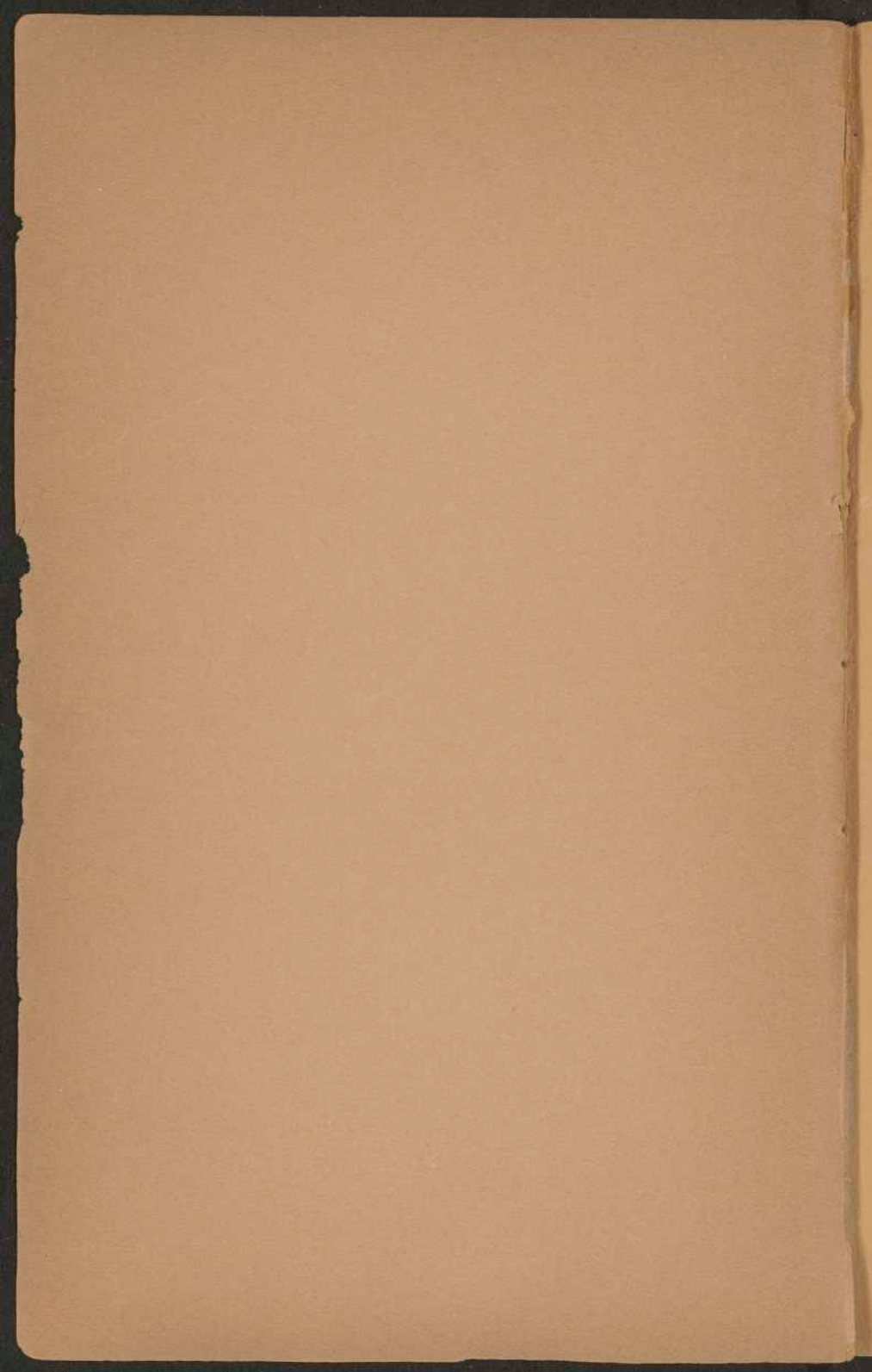
Para terminar, citaré la conferencia de don Vicente Gay: «Mis viajes por Europa y América»; la de Monseñor Baudrillard, rector de la Universidad de París, sobre «El heroísmo y la fe de la juventud francesa en la guerra», cerrando la enumeración con el nombre de mademoiselle Marguerite de Lambert, que disertó, muy gentilmente, so-

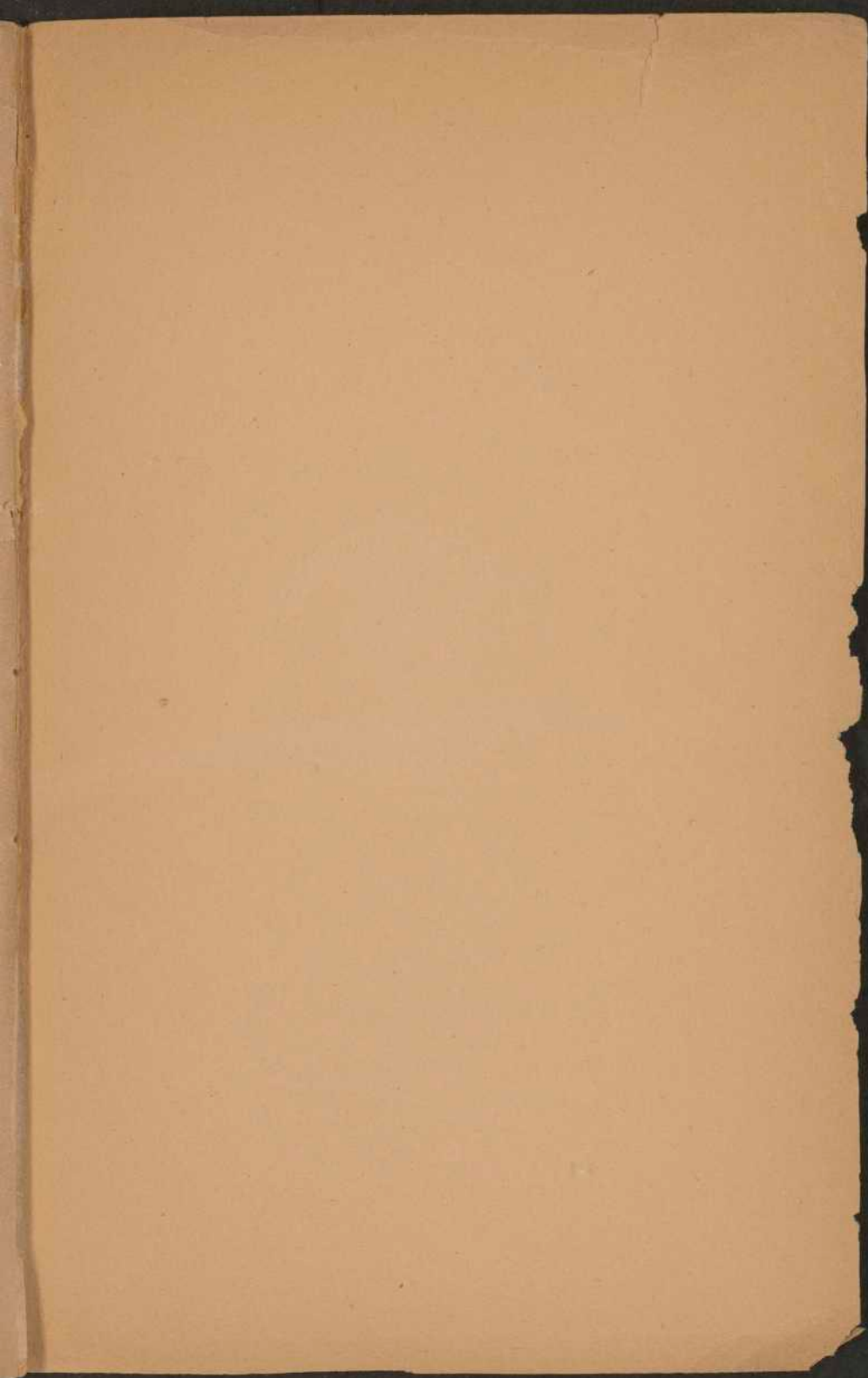
bre el tema de palpitante actualidad «La poesía de la guerra».

Perdonad lo fastidioso del relato. Os quise dar someramente la impresión del pasado curso, y no sé si lo habré conseguido sin cansaros. De todas maneras, vuestra buena voluntad y tolerancia sabrán perdonar mi falta de arte.

EMILIO SEGOVIANO.







R
17307

Biblioteca de La Rioja



10000510811



